

La huella

Como si fuera una huella, el asesinato de una persona también deja un vacío, una oquedad en el tiempo sin vivir de una existencia. Pero, a diferencia de las huellas que hacemos sobre la tierra o sobre la arena, las huellas del dolor y las huellas del frontal ataque a nuestro sistema de convivencia no se pueden borrar con una leve brisa que llene de buenas palabras ese vacío inconmensurable que dejan las vidas arrebatadas. Las huellas del asesinato no acaban nunca y seguirán existiendo incluso cuando ya no haya violencia. Pero ese punto de partida no debe ser motivo de resignación ni cómoda excusa para abandonar a las víctimas, para añadir a su sufrimiento una 'segunda mala suerte', la del olvido, sino todo lo contrario: la huella de las víctimas constituye un activo de la memoria, necesario para nuestra regeneración como sociedad humana. Ellas son la consecuencia sin remedio, pero, a la vez, su huella es la que nos transforma y la que nos da la primera razón para concebir nuestra convivencia sin el uso de métodos violentos.

Muchas veces hablamos del necesario reconocimiento hacia las víctimas, pero ¿qué entendemos por reconocimiento? El reconocimiento hacia las víctimas de la violencia terrorista significa ser conscientes y consecuentes con el hecho de que ellas, las personas asesinadas y heridas, se han convertido en objetivos de un ataque hacia toda la sociedad. El terrorismo no ha escogido a una persona concreta por ninguno de los atributos que componen su condición humana, sino por lo que representa en nuestra sociedad. Ellas fueron asesinadas en nuestro nombre y por una causa que no les correspondía personalmente, sino como miembros de una sociedad de la que también todos nosotros formamos parte. Por ello, el reconocimiento significa asumir que el ataque ha sido dirigido a todos, sin excepción, y que, por lo tanto, todos objetivos del ataque, todos agraviados, debemos dar una respuesta colectiva, una respuesta de defensa de nuestra sociedad. Esto no quiere decir que el concepto de víctima se pretenda diluir en una abstracción colectiva que reste trascendencia al agravio sufrido o responsabilidad concreta al ejecutor de lo ocurrido, ni mucho menos. Esto quiere decir que todos, políticos de la ideología que sea, apolíticos, consumistas empedernidos, fervientes religiosos, abnegadas amas de casa, forofos del fútbol... todos debemos quitarnos los clichés que durante años han tratado de hacer "comprensible" el asesinato porque "era policía nacional", "era traficante", "era empresario"... Ellos han ocupado el centro, pero en la diana estamos todos. Nosotros, como parte agraviada e ilesa de la acción criminal, debemos amparar hasta el infinito a estos amigos y familiares nuestros –¿de qué otra manera los podemos denominar?–.

Este reconocimiento es el punto de partida del cual surge necesariamente la solidaridad. Una solidaridad que debe atender, por supuesto, las necesidades asistenciales de las personas afectadas; que debe trabajar por recuperar la dignidad de estas personas que, para nuestra vergüenza y durante muchos años, les hemos negado mediante el más puro ostracismo; que debe realizar gestos públicos, y también particulares, que alivien su desesperanza y su fundada falta de confianza. Una solidaridad que les haga sentir el amparo y el respaldo de toda la sociedad.

Sin duda alguna, éste sería el primer e indiscutible paso para humanizar nuestra sociedad, considerablemente desnaturalizada por tantos años de violencia. Pero, además del calor humano, nuestra solidaridad se quedaría coja sin la justicia. Cuando una persona es asesinada por la voluntad de otro ser humano, es necesario que se reconozca la injusticia de que ha sido objeto, que se conozca la verdad de lo ocurrido y que se haga justicia. Casi mil personas asesinadas y más de cuatro mil heridos es un desgarramiento en nuestra sociedad lo

suficientemente grande como para provocar nuestro grito reclamando el reconocimiento del daño causado, el conocimiento de la verdad y la aplicación de la justicia.

Es evidente que una sociedad convulsionada por el terrorismo durante más de treinta años tiene un íntimo y profundo deseo de que termine esta pesadilla. Es muy posible que en este punto estemos todos de acuerdo, pero para empezar a pensar en un futuro en paz es imprescindible que las víctimas formen parte de la memoria colectiva de nuestra sociedad. Es imprescindible, porque corremos el riesgo de pretender pasar página como si no hubiera pasado nada, como si todo el dolor generado fuera una experiencia particular y no un daño colectivo vivido individualmente, como si se pudiera empezar de nuevo obviando todo lo vivido, como si no fuera necesario mirar hacia atrás porque nos resulte desagradable. Las víctimas no son un residuo tóxico que debe ser sellado, silenciado y desechado, sino un potencial para perfeccionar nuestra convivencia. Tenemos que sentir el peso del pasado si queremos aprender de él. Podremos inventar miles de fórmulas para falsear la realidad y tratar de crear un futuro sobre unos cimientos limpios de odio (el odio que ha producido y produce sangre y dolor) y pensar que viviremos en una arcadia perfecta que nos haga olvidar estos últimos años, pero llegaran vientos que lo derrumben. Nuestra sociedad, nuestro futuro se tiene que cimentar en bases éticas muy sólidas y esa solidez sólo se la proporcionará una radical deslegitimación de la violencia. Hay que deslegitimar la violencia porque una democracia no puede permitir ninguna concesión política al terror; porque, siendo violencia y política conceptos antagónicos, quienes hablan a través de las pistolas se autoexcluyen de la política; porque la violencia ha pretendido negar la pluralidad de nuestra sociedad al querer diseñarla al antojo de quien empuña una pistola. La violencia tiene que ser moral y políticamente vencida. Sólo de esta manera resultará imposible que en un futuro alguien pudiera tener la tentación de empuñar un arma para conseguir un determinado objetivo político, porque tendrá la certeza de que esa puerta está bien cerrada. Sólo así podremos garantizar que para defender cualquier postulado se deberá utilizar el diálogo político. Sólo de esta manera, sabremos que el terror no se saldrá con la suya: han atacado a una democracia que se defiende con firmeza democrática sin ceder a la violencia. Sólo así las víctimas sabrán que su muerte fue una horrenda injusticia reconocida y denunciada por toda la sociedad, pero nunca un medio perverso para conseguir un objetivo político. Sólo así, sentirán un real amparo de toda la sociedad.

El domingo, 18 de diciembre, a las 13'00 h. en el Parque de Doña Casilda en Bilbao, Gesto por la Paz nos invita a seguir y sentir la huella que han dejado en nuestra sociedad todas aquellas personas, miembros de nuestra sociedad, que han sido asesinadas no por una causa política, sino por un medio terrorífico, deshumanizado y deshumanizador.

Isabel Urkijo Azkarate y Ana Rosa Gómez Moral
(miembros de Gesto por la Paz)
Tfno. 94 4163929